



(Cabeza dibujada con carbon por Miguel Angel en la Farnesina.)

CURIOSIDADES DE ROMA.

DIBUJO DE MIGUEL ANGEL EN LA FARNESINA.

El banquero siemés Agustín Chigi, de cuya familia nació el Papa Alejandro VII á mediados del siglo XVII, hacia construir á principios del XVI en el barrio de Trastevere en Roma una elegante casa rústica, frente de la cual se elevó treinta años después en la ribera opuesta del Tiber el palacio de los Farnesios, que se llamó la Farnesina, cuando le compraron estos príncipes con la idea de reunirlo á su morada por medio de un puente. Agustín Chigi empleó en decorar su casa los pintores mas famosos que vivian en Roma al principio del pontificado de Leon X. El maestro por excelencia de la escuela de Sienna, el Sodoma, pintó en el piso principal una sala en que se admiran algunas hermosas cabezas de mujer y un fuerte colorido en una composición demasiado pronta y desenidadá; pero el pincel de Rafael es el que ha inmortalizado esta casa. El artista divino ha adornado el piso bajo con grandes figuras mitológicas que prueban la variedad de su genio, y al mismo tiempo la perfeccion. En la bóveda de la primera sala representó la historia de Pezigno en dos grandes tarjetones, que completan y acompañan diez pechinas. Estas pinturas, ejecutadas en su mayor parte por Julio Romana, son mas admiradas por lo magnífico de sus dibujos que por sus tintas, algunas veces un poco encendidas y duras. En una segunda sala Rafael pintó sobre la pared y como en un cuadro, ese famoso Triunfo de Galatea, que ha sido tan reproducido por los grabadores, y en el que se encuentran reunidas todas las raras cualidades de un maestro, la belleza de expresion, el estilo del dibujo, la armonía de la composicion y la dulzura de las tintas. Lo que, sin embargo, domina es una maravillosa finura de concepcion y de lineamiento que, aunque sin blandura, parece mostrar la perfeccion de la gracia amable y la obra maestra de un genio femenino.

Otros pintores, amigos ó rivales de Rafael, Daniel Votterre, Sebastiano Piombo, y hasta el mismo Baltasar Perucci, arquitecto de la casa, compusieron los accesorios de la decoracion de esta sala. Estos debian pintar la bóveda y las ventanas que coronan las paredes. Se cuenta que yendo un dia Miguel Angel al casino de Agustín Chigi para ver las obras de su discípulo Daniel Votterre, como no le en-

contrase y no quisiera perder el tiempo esperando, subió en una escalera, tomó un pedazo de carbon y trazó en lo alto de la pared, en uno de los tarjetones en blanco, esta gran cabeza, que es tan bella como la misma Galatea. Parece que es una cabeza de esclava, imitada de algun fragmento antiguo y colocada allí como para sostener la bóveda bajo cuyo peso se inclina y permanece agoviada. El vigor de los rasgos negros de que está formada, la magnitud de sus proporciones, su aire pensativo y enérgico contrastan fuertemente con la dulzura y elegancia de los pinceles de Rafael. ¿Será por dar con este contraste un elocente reproche á las imágenes delicadas y voluptuosas de su jóven rival por lo que Miguel Angel ha impreso así sobre las mismas paredes la marca de su enérgico sello? Así se ha dicho, aunque sin darse pruebas que convenzan.

Si se quisiera alejar toda idea de mezquinos celos, y establecer entre los dos artistas mas eminentes de los tiempos modernos un combate de métodos y de genio, parece que se podrían encontrar buenos argumentos para probar que al trazar un enérgico bosquejo en las paredes del casino de Chigi, Miguel Angel deseaba dejar en el taller en que se habia ilustrado Rafael como una tarjeta y un heróico desafío. Lo que allí hizo Buonarrotti se parece singularmente á una anécdota que se lee en la vida de los pintores de la antigüedad y que él habia comentado. Acaso no será inútil el unir las dos narraciones.

El Rafael de los griegos, Apeles, desembarcó de la isla de Rodhas y quiso ver á Protogenes, que de simple embaudador de navios habia llegado á ser uno de los mas famosos pintores del Archipiélago. No encontrando en casa á este rival, que él habia contribuido á sacar del olvido, y que eclipsaba á todos los artistas de la antigüedad por la perfeccion estudiada de sus dibujos, tomó un pincel, y por señas de su venida trazó con el color de un cuadro todavia en blanco un rasgo estremadamente fino; y se marchó. Protogenes vino, y al mirar aquel rasgo, exclamó: ¡Apeles ha estado aquí! y humedeciendo el pincel en otro color, trazó en el mismo rasgo de su rival otro aun mas delicado, y á su vez se retiró. Volvió Apeles, y no queriendo ser vencido, con un color nuevo cortó los dos rasgos primeros por otro tan fino, que no pudiera hacerse mas.

El cuadro en que estaban los tres trazos casi imperceptibles á la vista, trasportado después al Palatino, fué colocado en casa de Augusto en medio de las mejores obras del arte como una maravilla.

En estos rasgos Perraut veía simples líneas; el conde de Caylus 13 DE JUNIO DE 1831.

Vé por el contrario verdaderos dibujos de trazo; Plinio, que nos ha conservado un recuerdo, dice que se admira allí la tenuidad hasta que puede llegar un trazo; pero Miguel Angel, imitándole todo sobre los antiguos, los ha estudiado con un detenimiento profundo, se ha ocupado de estas líneas juzgadas de tantas maneras, sosteniendo que la antigüedad debía estimar sobre todo la extrema precisión de los contornos. No sería extraño que esta historia, que él sabía también, se le presentase en la memoria al visitar las pinturas de Rafael. Acaso haya querido vencer á Protogenes, oponiendo á la precisión de los trazos débiles y graciosos del Apolo moderno la precisión no menos grande de sus líneas más vigorosas y enérgicas.

De la apreciable obra que con el título de *Monografías de Santiago* publicó el señor don Antonio Neira de Mosquera, tomamos el siguiente curiosísimo artículo, que al mismo tiempo puede servir como muestra del interés del libro del señor Neira.

EL ARMAMENTO ESCOLAR.

1663—1665.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximación de un suceso extraordinario el concurso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se aminoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frías y nebulosas de octubre, veinte y siete días después del 30 de setiembre, un número extraordinario de estudiantes se agolpaba á la puerta de la universidad de Santiago. La agitación de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna impetuosa grave preocupaba á los sostenedores del *vaivén* y del *espumoso*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Mártir, ni celebrar la función de Santo Tomás en el convento de Santo Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *olvidar* la cátedra para una pedrea en Santa Susana, ni azuzar al anochecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor cuando llega hasta su corazón voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este día los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban *consejo* olvidándose de Bartolo y de Lombardo para esperar un mensajero que no se atrevía á llevar el nombre de posta porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirigía desde Redondela á la universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurría á los estudios á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habían organizado en milicia *con abas del mismo cuerpo de la universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterey, villa ya conocida en la historia general de España por el consejo celebrado en 1566 por D. Pedro el Cruel, contra la invasión de los portugueses que habían ocupado la slalaya de Goyan.

Un movimiento general de expansiva alegría circuló desde los estudiantes de *máximos* hasta los *bachilleros en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria; en los perezosos se reconocía el egoísta y árido impulso de la vida trahumante. Ninguna *tesis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con mayor aceptación: ningún argumento *pro academia* recibió un *concedo* más escolasticamente afirmativo. Ni el más pequeño é imperceptible *distingo* se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo. A los *actos académicos* sucederían los puestos avanzados, y los cátedráticos en cánones y teología serían los jefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el bedel de la universidad fijó en la puerta de los claustros del estudio un edicto firmado por el rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se *cerrasen* las cátedras y que todos los estudiantes que *curaban* en esta universidad se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo así como si á ella *curasen*, y que los que no lo hicieron, no lo *ganasen*».

El armamento escolar de 1663 se extendía á los estudiantes de gramática del colegio de la Compañía y á los de artes del convento de S. Agustín. Los religiosos irlandeses de la misma compañía habían

ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas expedicionarias de Santiago.

Habia *punto* en las cátedras, y la concesión de una *tregua* inesperada entre el estudio y la gropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del estudio viejo. Los cátedráticos seguían á larga distancia la comitiva estudiantil para evitar los proverbiales desórdenes del *tricornio*, y los discípulos se convenían por medio de una rápida inteligencia en cambiar la dirección del paseo, ya formando un pelotón que gozaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparriándose cada cual por los calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauría de perros.

Las calles de Santiago se veían ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores y menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silbidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la ropa de los sombreros de los transeúntes y corrillos en rápida circulación para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó *arquero* de ánimas; he aquí la esplicacion terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil pies en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se *carraban* y las colosias se *entrecabrían*. A primera vista parecía que los habitantes de la ciudad ocupaban un *lazareto*: los soperiales estaban desocupados y las ventanas permanecían *cerradas*. Había la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolaban por una plaza apartada para no *entregar* á mano *virada* un plato de mantequillas ó una escritura de partijas escrita en letra de protocolo, y las señoras de prolijo manto sobre su *piecha* mal batida, verdadera *piecha* de mañanas, que se dirigían á la misa mayor de la catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se *encumbraban* á la librería-imprenta de *Antonio Frayz*, exquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á *dehora* á su *compadre* ó á su *cirujano* para evitar los epigramas macaronícos de algunos estudiantes de *medicina*. Era de ver el *motín* desagradable que el observador podía sorprenden en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes que rozaban las bayetas de sus manteos en los esportales de la Azabachería.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subían: el piso segundo era una verdadera cornisa del primero. Los valadizos se asemejaban á una especie de *artefactos* domésticos, y las habitaciones superiores se daban cierto aire á las *boharrillas* de Madrid. Los vecinos de una calle tenían diversos meridianos, de manera que para las tiendas anochecía á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis, y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soperiales se desconocía el *trampusclo*. La oscuridad llegaba á *gules* de todo.

El *paseo* de los estudiantes subía del Arco de palacio á la Azabachería. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecía la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona había salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus paños de asta engastados en su prolongada *narra*—era Antonio Frayz, el librero de la Universidad. Una salva de aplausos siguió á su aparición en la calle.

- Salvo* *bibliopala Frayz*.
- Scholares incipientes te salutant*.
- Tyrone te salutant*.
- Togati te salutant*.

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia. Después de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleros* en cánones y leyes, y el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor* preferían los epigramas á los conceptos rebuscados. El latín ya era *pués* cosa para ellos.

- Abajo el alquiler de cuadernos.
- Y el empeño de libros.
- Y las copias de preguntas.
- Y los formularios.
- Y los espurgativos.
- Y los elencos.
- Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmóvil ni volver la cabeza á las acusaciones arrojadas de los estudiantes, los cuales ni aun tenían el mérito de ser pronunciadas en latín brevívista ó *ciceroniano* para que no las comprendiesen los vecinos de la librería.

Entretanto un conpedor de relojes que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña boharrilla, y un cirujano *romancista* que no dejaba con vida gato

alguna de la vecindad para comprender en su horrible la circulación de la sangre, se doblan santiguándose con melancólica resignación:

—Vecino, bien he pronosticado ayer del cambio de la luna.... tenemos mil tiempo.

—Los cuervos anuncian tempestad.

—Me temo mucho que haya también pedrisco....

—Tengo para mí que si... ayer noche me ha dicho en confianza el vecindor de higas de enfrente con referencia al sacristán de Sta. María Salomé que lo había oído a un mozo de capilla del hospital.... ¿oye V., vecino?

—Si... estaba observando la catalina de este reloj... diga, diga V.

—Pues bien: hay malas nuevas de Monterey....

—¡Diablo!

—Aquello va de mal en peor.

—¿Qué me dice V.?

—Lo que V. oye.

—Es decir que....

—Ni más ni menos.

—¡Oh!... la cosa es grave.

—Y tanto.

—Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este júbilo.

—Tal vez sea la llegada de algun mensajero ó la lección de algun colegio. ¿Se acuerda V. del motivo habido cuando vino el Br. Marqués de Valparaiso por hacer una leva obligatoria entre los estudiantes?

—Es verdad.

—Estudiaba yo *mínimo*... y me acordó como si fuera hoy.... Hace veinte y un años.... Y sin ir mas lejos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del Estudio por los desórdenes que había promovido la *lectura* de un colegio de S. Clemente dentro de la Universidad.

A la sazón la campana del reloj de la catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeúntes en sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Era la 12 de la mañana: cada cual se descubría y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despedieron de una mirada, y en la inferior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanas de la *Maria* en conmemoración de los años de) Salvalor.

Los estudiantes se habían reunido en la plaza del Campo (después de pasar la ciudad. En esta ocasión aplasaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fermentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertase á sonar una mala caja de tambor, morcharían en peloton hacia la *Rocha-roja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valía mucho el corazón.

El armamento escolar anticipaba la estación de vacaciones para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salva del hospital no sería interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral no se renovaban los escándalos del día de S. Pedro Martín y de las timbales de la Semana Santa; las puertas de las casas no presentarían á la madrugada carteles injuriosos; la pedregosa calle del *Sequelo* no serviría de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirigirían oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdicción; los repellos de las ánimas, colocados en las puertas de las iglesias, no aparecerían reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradía, y las vigas de las obras públicas no servirían de sietes para llamar á la portería de algun convento á levantar delante de la casa-cuartel de los seis soldados y un cabo que servían de guarnición á la ciudad, un andamio de viciosa explicación para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparía la estación del reposo: el curso se suspendía merced á la invasión armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las parrandas de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decididas, los corrillos tumultuosos que se resistían á la ronda del Alcalde ó que seguían de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de visita de posadas y casas de juego, y las ebanzas provocativas empleadas con los rusados nocturnos de las cofradías, se interrumpirían durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarían sin maliciosas interrupciones algunas lucidísimas gigantescas que se removían trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *homos* del siglo XVII que iban de *tercia* con su linterna de vidrio óbrava en las manos. Tal vez hasta el próximo S. Lucas volvería al silencio y á la inacción el proverbial y misterioso *barrio de Piletos*, verdadero *barrio latino* de Santiago, el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de *Mazarelos* mas filósofos que un congreso de sabios alemanes, mas

cajonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de menores habían seguido á los de artes, y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer peloton se hubiese encaminado hacia el monte de la Almazora ó el campo de Sta. Susana, arrastraría de la misma manera á una línea interminable de tricoronos y mantos. Existía una atracción involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunión, se sabía de cierto que no *había cátedras*, y este ballazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva estudiantil.

De pronto se marcó un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alzan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se presionan entre sí. En medio de este oleaje oscuro se manifiesta de repente una figura escultural y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazanería. Es el Br. Cordido que levantando en alto su violeta de paño deshecho por los bordes se declara jefe de la milicia universitaria. Un sepulcral silencio sigue á la aparición del Br. Cordido sobre los bordes del antiguo pilón de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomía con picareca mállica. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la inelativa poco respetuosa del concurso vuelve á colocar el tricorno sobre su cabeza, y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo pronunciando este final académico con voz estentórea: *Dios!*

Desde Cisneros hasta Mirbeau el mejor apóstrofo de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovacion mas espontánea y solemne. Los tricoronos al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gesta eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atencion irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, espargiendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntorio y de la *Azabachería*.

El paseo de los estudiantes vuelto á recorrer las calles de Santiago, y á la mañana siguiente se dirigen al pórtico de la Universidad para recibir las instrucciones de sus jefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 4.º de noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios (por el tiempo preciso—son las palabras textuales del acta—que será un mes poco mas) y se nombra al P. Ntro. Fr. Gregorio de Otero, de la orden de Sto. Domingo y Catedrático de prima teología, confesor de la compañía escoclar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se habla acordado que se hiciesen para los estudiantes las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

En el claustro de 7 de Noviembre de 1666 se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las tropas enviadas por Carlos II, que había vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compoetclaná con esta cláusula explícita y terminante: que se le pase el curso al que constare haber ido á la compañía, y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le *paerá* y dello se despachen editos.

ASTORIO NEIRA DE MOSQUERA.

SEBASTIAN DEL PRADO.

Fué uno de los mas famosos actores dramáticos del siglo XVII. Llamóse su padre Antonio del Prado, y su madre doña Isabel Ana, señora muy celebrada por su hermosura.

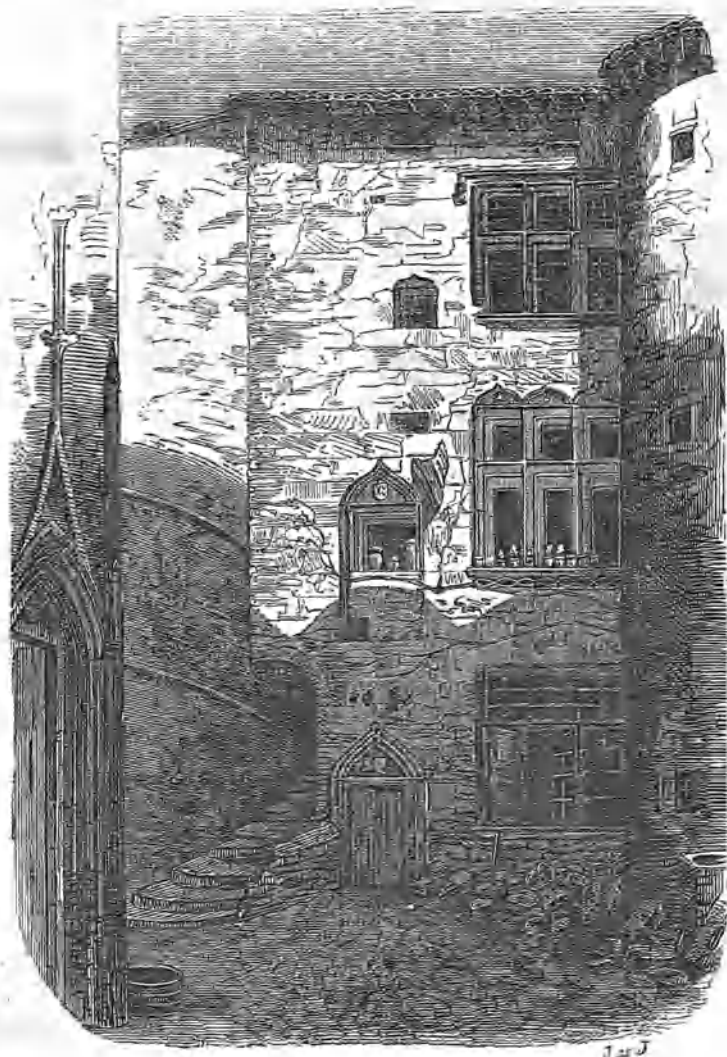
Casó Sebastian del Prado con Bernarda Ramirez, actriz extraordinariamente aplaudida en la parte de dama.

Tenia Sebastian del Prado figura elegante: sus talentos como actor y sus honrados procedimientos le conquistaron el aprecio general. Señoras y señores de la primera distincion se comaraban en obsequiarle. Rival de Alonso de Omedo en la parte de galán, se formaron en Madrid dos partidos, cada uno de los cuales llevaba el nombre de su actor predilecto.

Autor de compañía, pasó á Francia con la comitiva de la Infanta doña Maria Teresa, hija de Felipe IV, cuando esta señora fué á casarse con Luis XIV. Representó en París, con su compañía, comedias españolas, como se representaban por aquel tiempo, glorioso para nuestra lengua; en Flandes, Nápoles, Milan y Cerdeña.

Regresó á Madrid Sebastian del Prado con un nombre aplaudido y famoso en el extranjero, donde se lo admiró y apreció aun mas que en España.

Rico, contento y universalmente estimado, succumbió al dolor de haber perdido una esposa á quien idolatraba; y renunciando entera-



(Una casa notable de Candia.)

mente á la profesion brillante que bajo todos aspectos halagaba su amor propio con repetidos triunfos é inmarcesibles laureles, trocó las pompas del mundo por la austeridad del claustro, tomando un hábito en el año 1673. Se ordenó de Sacerdote, y pasando á Roma á asuntos de su religion; murió en Liorna en 1683.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IX.

El perdón de Camoens.

El calabozo donde habian encerrado á Camoens era tan estrecho que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros á Cervantes, y esta consideracion me obliga á rectificar las palabras que dije, en uno de los capitulos anteriores, acusando á los portugueses de ser tan ingratos como nosotros. Nosotros no somos tan ingratos, porque aunque encaramos á Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres pasos de longitud, si no de seis ú ocho por lo menos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando y escribiendo *novelitas*. Yo no recuerdo que á ningún ingenio ni á ningún héroe le hayamos dado jamás calabozo tan estrecho como los portugueses á Camoens. El de Fr. Luis de Leon era por cierto una bóveda de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, no obstante que carecia de luz y estaba llena de savandijas; pero en la que si no se podia escribir se podia pasear. Cristóbal Colon se quejaba de la pesadex de los lieros que lo pusimos, pero nunca de la estrechez de su prison; y por lo

que hace á Hernan Cortés, si le parecia su estancia reducida era porque estaba acostumbrado á los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios á los imperios de Méjico.

Queda, pues, completamente probado que nosotros hemos tenido siempre para los grandes hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez á los veinte años ocupaba el *principe de los poetas*, y no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban á los *poetas vasallos*; porque claro está que el *principe* habia de tener el mejor, ó no se llamaria *principe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado cariño á aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, y donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado cariño porque habia vivido en él antes de ahora por espacio de cinco meses, merced á las intrigas de sus enemigos, y porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia no obstante, ademas de las arañas y de las ratas, cuatro ó seis libros forrados en pergamino, un tintero y un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo, para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro ó seis libros, y continuaba aquella hermosa clejía que comienza

O sultanoense Ovidio desterrado...

á tiempo que se abrió la puerta de la cárcel y apareció una dama.

Levantóse Camoens mudó de sorpresa, y dió para recibir á la dama los tres pasos que únicamente podia dar.

—Señora, la dijo con galantería, perdonad si recibí en este aposento á la mas bella de todas las poetisas; por la primera vez recuerdo con envidia los palacios donde pudiera ofrecerlos gabinetes en que las savandijas no me disputaran el honor de recibir vuestra visita.

—Camoens, respondió la Sigea, para las almas llenas de afición

no es el palacio mas grato que la cárcel, y si en esta hay savandijas, en aquel hay alimañas.

—Pero vos, señora, no debeis ser la afligida, ni esas alimañas han de volverse contra vos. Seria harto injusto el destino.

—Poco importa mi banno ó mal destino, Camoens: el deber me trae aqui para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

—Gracias, señora, vuestra visita es en efecto al mayor alivio...

—No es mi visita, Camoens, es vuestro pardon el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—¡Mi pardon! Bueno es porque me le traeis, pero me es indiferente.

—¿No estimais la libertad?

—Cuando la poseo hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla: necesitola ahora para dar unos cuantos reveses á unos cuantos villanos; pero como de segura los he de dar, y los que he dado estos dias me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

—Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, y por eso no seré ligongera; pero seré generosa y os perdonaré esos versos.

—No os comprendo, señora.

—Ni os pese de ello. Básteos saber que estais en libertad.

—¡Oh! ¡no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

—No daré esplicaciones.

—¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, y con mi propia vida...

—Seria inútil. El mal está ya hecho. Heristelos á un caballero, os metieron en esta prision y vuestra dama os ha libertado...

—¿Mi dama!

—Catalina de Alvaide.

—¿Ha sido ella!

—¿Pues quién podia ser?

—¡Ah!

—Recibid de en mano este presente, continuó la Sigea entregándole el pardon del rey, y partid para la India, donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflige y la culpa que he tenido en ella. Yo herí á un hombre que saltaba la verja de los jardines: pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envia el conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardin, debí matarle; pero Catalina se habia echado á sus pies, y aquel impio quedó convertido á mis ojos en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle á él mismo las cuchilladas que sus eniados han recibido en comision.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora; tomad y devolved á su sobrina este pardon.

—No, Camoens, hacedos superior al odio que os domina, y partid adonde os llama la gloria.

—Decidme antes en qué os ofendi.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crimen.

—Bien, adios.

—Eso no: voy á seguirlos hasta que averigüe la razon de vuestra queja.

—Mañana parte la flota, y apenas teneis tiempo de hacer vuestros preparativos. No os descuidéis.

—La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

—Adios vuelvo á deciros.

—Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, y Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, y echó á andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, y Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron á Juan Meurcio, y la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: á pesar de esto el fraile se llegó á él y le dijo con una sonrisa pálida señalando á la Sigea.

—¿Seis cahorabuena!...

—¿Qué os importa á vos? contestó Camoens sin mirarle.

—Nada absolutamente, replicó el fraile haciendo un gesto de humilde resignacion.

—¿Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

—¿Labrome Dios! repuso con una oneca hipocrita Juan Meurcio.

—Es que vos sois enemigo de esa dama, y no os la vez primera que la habeis calumniado.

—Acusadme como gustéis, jóven: mas bien tragó Jesucristo.

—¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! exclamó Camoens indignado.

—Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen...

—¡No temo á nadie! gritó Camoens.

—Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta y no hay que hacer caso. Seguid á la dama no tope con algun villano.

—Teneis razon, los hay en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens á Juan Meurcio y aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido. ¡Vive Dios, iba diciendo entre si el poeta, que he de tener que arrancarle la cogulla!... pero ¿y la poetisa, dónde se ha escapado? Y es preciso hallarla y la hallaré... No hay remedio... me dirijo á palacio, y suceda lo que quiera... Lo malo es que pudiera toparme con el conde, y como no traigo espada, despariciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó á palacio, subió resueltamente la escalera principal, y se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estorbar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba á hacerlo en todas partes, habia dejado olvidados sus papeles.

Halló en efecto un paquete y algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido ya medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada y vió que la mayor parte eran canciones amorosas: En un papel lleno de róduras se leía por intervalos:

..... ó *acompanha*
 Nos
 *banha*
 *figura*
 A vida
 ... *ban que* *possuia*.

Y en otro pedazo de papel tambien raído continuaba:

De aqui me voy
 *erguido*
 *da rede o*
 Depois de farto ya

—¡Oh! exclamó el fraile. ¿*Depois de farto ya!*

Estos versos eran de la elegía que habia empezado á escribir durante su prision, y cuyo trozo completo decia:

(1) *Dó sua doce musa ó acompanha*
 Nos solidos versos que scrivia
 E los lamentos con que *acompanha*
 Best'arte má *figura* á fantasia
A vida con que mouro desterrado
Do ban que en outro tempo *possuia*.
 De aqui me vy con passo sossegado
 A um *outreiro erguido* e alli m'assento
Soltando toda rede o á mi cuidado
 Depois de farto ya de meu tormento.

—¿*Depois de farto ya!* repelia Juan Meurcio con envidia, bien ageno de creer que la *faritura* aquella fuese de tormento, y no por gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos y la visita de Luisa Sigea.

Porque hay en todas las cortes hombres que viven de calumniar; *calumniadores de oficio*, como el verdugo, como el sepulturero que friamente matán á una criatura y la amortajan y la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido á hablar en mi novela de este personaje histórico el mas odiado de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca á su lado la funesta sombra que obscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latín dicen que hay escrito en este dificilísimo idioma un libro infame que fué atribuido á Luisa Sigea; pero luego añaden que este libro habia sido escrito por un fraile llamado Juan Meurcio, con el intento de desacreditar á las poetisas. Busqué entonces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile, y sepe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar á la execracion de los escritores el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada, y madre amorosa.

(1) *Obras de Camoens, elegia tercera.*



(Entrada de los penitentes en Angers.)

Ese abismo de perdición que han abierto algunos hombres egoístas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantaron á conquistar la gloria, es preciso cegarlas con la tierra de sus mismos cuerpos, y el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

(Conclusion.)

De su primera mujer, doña María Alonso de Argote, tuvo por hijo y sucesor á D. Diego Fernandez de Córdoba, cuarto alcaide de los donceles, que sirvió al mismo D. Juan II en todas las guerras de su tiempo. Hallóse en la tala de la Vega de Granada en 1451, y sucedióle en la casa

Martin Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, Espejo y Chillon, y quinto alcaide de los donceles, floreció en tiempo de Enrique IV. Casó con doña Leonor de Acellano, del tronco principal de la casa de los marqueses de Priego, y fué su primogénito y sucesor

Don Diego Fernandez de Córdoba, sexto alcaide de los donceles, se distinguió como esforzado guerrero en la época de los reyes Católicos. Este fué el que en compañía de D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, prendió en una batalla, en 24 de abril de 1483, á Mahomet I Waudellin, rey de Granada, llamado el Chiquito, que venia á si-

guar á Lucena, por cuya victoria orlaron ambos sus armas con las banderas que allí ganaron, y la imagen del rey moro preso con una cadena de oro, como se vé aun en los blasones de los señores de esas casas, en cuartel inferior á las tres fajas rojas en campo de oro de la casa de Córdoba.

Por este y otros muchos y señalados servicios concedieron los reyes Católicos á este caballero el título de marqués de Comares para él y su descendencia. Tuvo por hijo y sucesor á

Don Luis Fernandez de Córdoba, sétimo alcaide de los donceles, y segundo marqués de Comares, quien floreció en tiempo del emperador Carlos V, y se distinguió en las guerras de su tiempo. De su mujer, doña Juana Pacheco, hija del señor duque de Escalona, tuvo por heredero y sucesor á

Don Diego Fernandez de Córdoba, octavo alcaide de los donceles y tercer marqués de Comares, á quien llamaron el Africano porque nació en Ovan, siendo su padre gobernador y capitán general de aquellas posesiones. Casó con doña Juana Folch de Cardona, duquesa de Cardona y Segorbe, por lo cual gozó D. Diego de estos títulos y de la condestabla de Aragon á ellos aneja, y tuvieron por hijo y sucesor á

Don Luis Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, quien murió aun viviendo sus padres, sucediéndoles en la casa su nieto don Enrique Fernandez de Córdoba, Folch de Cardona y Aragon, duque de Cardona y Segorbe, noveno alcaide de los donceles y cuarto marqués de Comares. Murió en 1640, sirviendo á los reyes D. Felipe III y IV. De su mujer, doña Catalina Fernandez de Córdoba y Figueroa, hija del marqués de Priego, tuvo por hijo á

Don Luis Ramon Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, décimo alcaide de los donceles, quinto marqués de Comares, y duque de Segorbe y Cardona. A falta de varon, sucedió en todos estos estados y dignidades

Doña Catalina Antonia de Aragon Fernandez de Córdoba, casada

van D. Juan Francisco, Tomás, Lorenzo de la Cerda, octavo duque de Medinaceli, de cuya unión, entre otros hijos, lo fué D. Luis de la Cerda Aragon, Folch de Cardona, Fernandez de Córdoba, noveno duque de Medinaceli, Cardona, Segorbe, etc., décimo alcaide de los donceles, y sexto marqués de Comarés, desde cuyo tiempo hasta el presente ha quedado radicada esta dignidad, como inherente al marquesado de Comarés, en la casa de Medinaceli, que la cila entre sus honoríficos títulos y prerrogativas, debiéndose considerar esta como una de las principales que posee, y un glorioso timbre de la casa y apellido de Córdoba, tan ilustre en los fastos de Castilla.

COSTUMBRES NOTABLES.

Será curiosísimo un libro que tratase acerca de los usos y costumbres adoptadas por las naciones: referiremos algunas de las mas singulares y caprichosas.

Las mujeres romanas se ocupaban particularmente en hilar. Caya Cecilia, mujer de Tarquino el Anciano, pasaba por la mas hábil hilandera de su tiempo. Con este motivo se estableció una costumbre que prueba bien la influencia del ejemplo. Una recién casada, al poner el pié sobre el umbral de la puerta de la casa de su marido, respondía á aquel que le preguntaba su nombre: Me llamo Caya, esto es, buena hilandera.

En los siglos remotos, despues de la muerte de los reyes de Egipto, los pueblos que habian sido sus vasallos, hacian el exámen mas severo sobre su conducta. No se les concedia la sepultura sino setenta días despues de su fallecimiento; y se les privaba de ella, cuando un solo vasallo contradecía, aun en un solo hecho, el elogio pronunciado por el gran sacerdote. Los particulares estaban sometidos despues de su muerte al mismo exámen de parte de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos.

En los primeros siglos de la iglesia la voltería era tenida por alimento de pecador; esta opinion estaba fundada en el texto del Génesis que dice que el Señor crió los peces y las aves el día quinto, y en el cuarto los animales cuadrúpedos. San Benito en su regla solo prohibe á sus monjes la carne de los cuadrúpedos. Y San Colombiano permite en la suya á sus frailes la carne de las aves á falta del pescado. Los monjes griegos la comieron hasta el siglo X. ¡Y la famosa bula de la Cruzada permite comer aves en España en muchos días de la cuaresma!

Era costumbre en otros tiempos, arrojar desde las bóvedas de los templos el día de pascua de Pentecostés sobre los asistentes á las sagradas ceremonias, estopas inflamadas que representaban las lenguas de fuego que cayeron sobre los apóstoles cuando Jesus les envió el Espíritu-Santo. Inmediatamente despues que se entona el *Veni Sancti Spiritus* soltaban porcion de palomas que revolteaban sobre las cabezas de los fieles, las cuales representaban al Espíritu-Santo.

Habia entre los galos una ley que prohibia á todos los jóvenes cortarse las barbas y los cabellos, hasta tanto que se hubiesen distinguido en alguna batalla, matando á algun enemigo; entonces podian hacerlo, habiendo pagado á la patria el derecho de su nacimiento.

En la isla de Rodas, en la América Septentrional, cuando se casa la viuda de un hombre que ha dejado muchas deudas, es menester que ceda á sus acreedores cuanto posee, quedándose solamente con la camisa que tiene puesta, debiendo verificar su matrimonio sin llevar mas que este ligerísimo traje; si no lo hace de este modo, los acreedores estan autorizados á despojarla sin misericordia alguna de cuanto tiene, antes que pase á segundo matrimonio, no quedándoles derecho alguno contra el segundo marido. Queriendo pasar á segundo matrimonio la mujer de uno que habia dejado muchas deudas, salió en camisa de su casa, y encontrando antes de llegar á su futuro esposo, que la traía varias ropas, le dijo á presencia de los que la acompañaban, que aquellos vestidos eran un préstamo que la hacia; de este modo evitó que sus acreedores despojasen enteramente á la novia.

En la isla Formosa se hacen las bodas sin ceremonia alguna: pero con una buena fé que nada tiene de bárbaro. Cuando un joven está comorado, pasea frecuentemente por delante de la casa de su querida, y la obsequia entonando algunas canciones: si agrádan á la doncella, sale esta, le toma de la mano, y declara que le elije por su esposo; sin necesidad de dote, ni del consentimiento de sus parientes. El nuevo marido viene inmediatamente á establecerse en casa de ella, trayéndose todos sus bienes, y es despues el apoyo de su suegro. Asi las hijas no son gravosas á sus padres en estos climas; por lo que mas desean tener hembras que varones.

MONTEROS DE ESPINOSA.

Oficio honorífico de la casa de nuestros reyes; tuvo principio este honroso empleo en tiempo de D. Sancho Fernandez, conde de Castilla, quien por la lealtad grande que tuvo un escudero suyo, avisándole de una traicion que se trataba contra su vida, lo heredó en *Espinosa de los Monteros*, dándole el privilegio de hacer la guardia de noche y de día á la persona de los condes, en el cual sucedieron todos sus descendientes; y como en aquellos tiempos hiciesen con el oficio de guardas al de *monteros*, ó buscar y perseguir la caza en el monte, etc.; fueron llamados *monteros de Espinosa*.

Para obtener ese empleo necesitan probar ser naturales de aquella villa de Castilla la Vieja, y descendientes de aquel escudero, etc.

El jefe de los *monteros de Espinosa* se llama *montero mayor*, y es uno de los oficios y cargos mas preeminentes de la casa real.

Antiguamente los *monteros* hacian la guardia de las personas reales en cualquier parte que se hallasen de noche y de día; pero desde el reinado de Felipe I no ejercen su empleo sino de noche, durmiendo en una pieza inmediata á la cámara del rey, á quien asisten al tiempo que se desnuda, y cierran la puerta del dormitorio y guardan la llave, velando cuatro de ellos toda la noche por turno hasta el día que abren las puertas.

En el cuarto de la reina asisten en una antecámara, recibiendo de la azafata, que cierra la puerta, las llaves, y hacen vela toda la noche en la misma conformidad.

Guardan también los cadáveres reales desde que se ponen de cuerpo presente en la cama de parada hasta que se hace entrega de ellos para enterrarlos.

DE UNA COMEDIA INEDITA. (1)

SIGLO XVII.

(Solo de Manzanares; noche oscura.)

INES.—PEROL.

- PEROL. ¡Inés!.
- INES. Perol.
- PEROL. ¡Voto á tall!
- ¿Pues cómo te encuentro así?
- ¿Andas, Inés, por aquí...
pues, ya entiendes...
- INES. ¡Animal!
- PEROL. Muchas gracias,
- INES. ¿Pues qué piensa
don Lacayo?
- PEROL. ¡Qué! soy pago,
y no sufro tal ultraje...
- INES. Ni yo sufro tal ofensa.
- PEROL. ¡Llamar lacayo á Perol!
- Lacayo... Tamaña afrenta
se hace al pago de mas cuenta
baja la capa del soll
- INES. ¿Cómo un pago tan galán,
descortés, á una doncella...
- PEROL. Eso Dios lo sabe... y ella,
como dice aquel refrán.
- INES. ¡Que tan descortés te vea!
- PEROL. Calle en fin la doncellona...
ó la llamaré fregona,
y por mas ultraje, fea...
Pero vaya, no te enfades;
sabes que te quiero, Inés...
Pero siempre que me ves...
- INES. Te digo cuatro verdades.
- INES. Por hablar á troche y moche,
nunca miras lo que dices.
- PEROL. Bien, perdóna mis deslices.
- INES. Me has ofendido esta noche.
- PEROL. Sola en el coto te encuentro;
y—en fin, no valga mi voto—

(1) Esta hollísima escena pertenece á una comedia inedita de capa y espada, que con el título de *La Encicla*, el poeta tiene escrita el distinguido autor de *Don Francisco de Quevedo*.

pero, á tal hora en el soto,
no estás, Inés, en tu centro.
Que es un reló la mujer
donde puso el relojero
un camino al minuteró
por el cual debe correr.
Y, si por cualquier pretexto,
del tal camino se sale,
ya la mujer nada vale...
como el reló descompuesto.
Y no es que lo invente yo;
porque, como tú no ignoras,
la mujer tiene sus horas
como las tiene el reló.
Se adelanta... malo es;
se atrasa... mucho peor!
Y tú esta noche... en rigor...
¿Qué?

INES. Te has atrasado, Inés.
PEROL. Ya estás insufrible; adios.
INES. Pero ven acá...
INES. Despacha.
PEROL. ¿Has olvidado, muchacha,
que nos quisimos los dos?
INES. Era otro tiempo.
PEROL. Es verdad.
Hoy me tratas con desden
porque buscas... ¿Dime á quién?
Esto no es curiosidad.
Buscas á un galán, ¿no es cierto?
INES. Sí, ¿un galán? ¡Pobre de mí!
PEROL. Luego estás *per istam*...
INES. Sí.
PEROL. ¿No hallaste siquiera un tuerto?
INES. Nada, ni tuerto ni cojo;
¡buenos los tiempos están!
PEROL. Así dice el sacristán
cuando nadie cierra el ojo.
INES. ¡Si esto es una perdición!
¡Ay, Perol!

PEROL. ¿Con que no hay más?
INES. Si andan los novios ¡Jesús!
como si fueran salmón.
PEROL. A Perol tienes aquí...
Pero no, no... me arrepiento...
INES. ¡Vaya un arrepentimiento!
PEROL. Ya, como te encuentro así...
INES. Es verdad.
PEROL. Solá...
INES. Es mentira.
Si tendré yo cataratas...
PEROL. ¿Quién contigo?
INES. Papanatas,
mi señora doña Elvira.
PEROL. ¡Ya!
INES. Como es huérfana y sola...
PEROL. Nadie la tira las riendas.
INES. Es dama de nobles prendas,
pero tiene amores.
PEROL. ¡Hola!
INES. Y de veras.
PEROL. ¡Pobrecita!
INES. Y hoy viene con tanto afán
porque ha citado al galán,
y es aquí mismo la cita.
Como no luce una estrella...
con los mantos...
PEROL. Ya, ya entiendo...
Y tú, Inés, vienes haciendo
el papel...
INES. De su doncella.
PEROL. Es verdad; ya doy en ello;
también ama mi señor,
y yo, en sus citas de amor,
hago... pues... de su doncello.
Tú con ella y yo con él
los dos en el soto estamos,
y los dos ejecutamos
el mismísimo papel.
INES. Yo debo esperarla allá.

PEROL. Yo debo aguardarle allí.
INES. ¿Y cómo llegaste aquí?
PEROL. Para buscarte, Inés.
INES. ¡Pues ya!
PEROL. No bien pisé este conía,
con tierna palpitation
me hizo, Inés, el corazón
tin pirintin, pirintin
INES. ¿No se salió de su centro?
PEROL. Al ver tu cara de sol...
INES. De todos modos, Perol,
ha sido feliz encuentro.
Mas no me puedo apartar
de donde ella me dejó.
PEROL. Mas puedo acercarme yo
contigo al propio lugar.
INES. Por mi parte...
PEROL. Vamos, pues.
INES. Si te empeñas, vaya en gracia.
PEROL. (Pues que Rosa anda rehaciá,
voime á hablar con Inés.)
Rosa, vamos.
INES. ¿Cómo Rosa?
PEROL. (¡Ay que brulo!)—Es una flor...
Rosa te llama mi amor,
viéndote, Inés, tan hermosa.
Como eres cual rosa bella...
INES. Ese nombre...
PEROL. Es un requiebro
que discurre mi cerebro
para compararte á ella.
INES. ¿Tienes musa?
PEROL. Vaya, Vaya,
Si en una copla me enredo,
lo hago mejor que Quevedo,
como me inspire... una sayal...
con esta alma de salitre
tan soluble en el amor,
¡ay Inés!.. á lo mejor
me enamoro... como un buitre.
Por ser tan tierno y galán
cuánto padezco, mujer!..
INES. ¿Y quién te hace padecer?
PEROL. Todas las hijas de Adán.

E. FLORENTINO SANZ.

ANTIGUA CARTAGO.

Sir Grenville Temple ha invertido seis meses en las escavaciones de Cartago, ciudad cuyo nombre despierta tan inefables recuerdos de gloria. Los trabajos de Sir Grenville han hallado recompensa en los descubrimientos que ha hecho: entre su número citaremos los siguientes. En las ruinas del templo Ganahí ó *Juno celestis*, la gran deidad protectora de aquel pueblo, ha encontrado cerca de 700 monedas, diferentes objetos de vidrio y utensilios de barro. Pero el mas notable y quizá el mas inesperado de sus descubrimientos es el de una quinta situada á orillas del mar, y sepultada bajo 15 pies de tierra. Ocho aposentos reducidos enteramente á escombros prueban por su forma y adornos que aquella casa de recreo pertenecía á algun personaje ilustré. Las paredes están llenas de pinturas, y el vestibulo empedrado de soberbio mosaico por el mismo estilo que los de Pompeya y Herculano, y representan variedad de objetos, tales como deidades marinas de ambos sexos, peces de distintas clases, plantas, una barquilla llena de mujeres bailando en el puerto, y alrededor guerreros que las contemplan: leones, caballos, leopardos, tigres, cebras, osos, gacelas, garzas, y ademas pájaros de todas clases. En los diversos aposentos se han hallado dos esqueletos humanos. Parecen los restos de guerreros muertos en un asalto. Sir Grenville ha descubierto asimismo en otra casa mosaicos de los mas interesantes, representando gladiadores combatiendo en la arena con fieras; bajo cada uno de ellos está escrito su nombre. En otra parte se ven representadas las carreras de caballos, y hombres que doman potros. Esperamos que Sir Grenville publicará un detalle completo de sus importantes descubrimientos.